

Señor: os hablo en nombre de una idea;
en nombre de un partido y de un derecho:
que lo soñado se convierta en hecho;
que vos lo realicéis; y que ¡así sea!

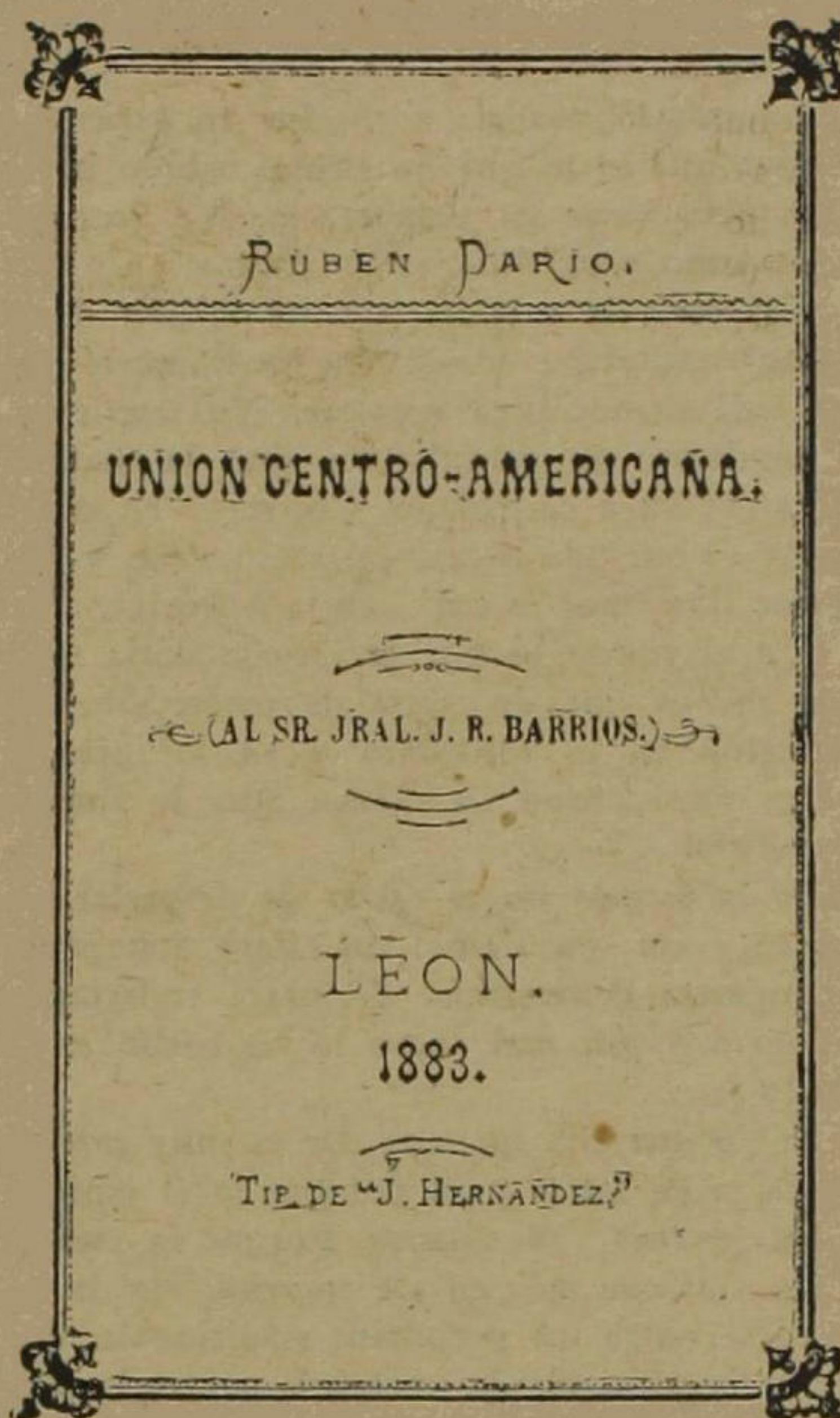
Oíd: inmensa sombra se extendía
sobre el oscuro cielo,
y el alba no nacía
porque un tupido velo
en sus pliegues flotantes la envolvía.
Procesión funeraria
cruzaba por el ámbito sombrío,
elevaban al cielo una plegaria
las vírgenes que guardan el rocío.
Vaga por el vacío
lamento triste y hondo
que llega de los cielos hasta el fondo.
Suenan voces que claman
calor y vida, ser y movimiento;
que de lo eterno ante la puerta llaman
y piden claridad, luz y ardimiento.

En el informe abismo se estremece
el espíritu del mal, ruge y se agita,
y la tiniebla crece
y en invisible convulsión palpita.
Pero sobre esa oscuridad terrible,
convulsión invisible
y tiniebla monstruosa
que sobre el mundo lúgubre se posa,
se oye tronar, el cielo se ilumina,
sobre el inmenso abismo Dios se inclina;
sucumbe el mal en tético desmayo,
y entre ecos de placer y alegre canto
rígase presto el tenebroso manto
con saeta de luz ¡de luz de rayo!
Del rayo, sí, la luz más esplendente,
pues con ella está escrita
sobre la faz de todo lo existente
la palabra infinita!
Que sobre el éter cuando llama al mundo
el rayo lleva en su encendido seno,
como misterio grande, alto y profundo
potencia y chispa, resplandor y trueno.

Y así el caos social. Si las naciones
en terrible marasmo
no sienten palpitar sus corazones,
y dormitan sin fe, sin entusiasmo,
faltas de aspiraciones;
si a la voz del deber no dan oídos
ni a los gritos de aliento
de patrióticos pechos, encendidos
con el fuego de un puro sentimiento;
si a la palabra sordas se presentan
y a la luz de la santa poesía;
y a la razón que es luz también intentan
convertir en fantástica utopía;
entonces, que haya una alma gigantea
que a los pueblos despierte de su sueño
y que con mano audaz salve la idea
que hace grande al pequeño.
Entonces ya, para que el cielo se abra
que surja un brazo y una altiva frente;
que se oculte el fulgor de la palabra
y alumbre el rayo con su luz candente!

La medusa de fuego
que se llama Discordia, sin sosiego
atiza el horno de pasión artera
y al aire tiende luego
su sangrienta bandera;
la justicia y la fe claman en vano
y hay lucha entre el hermano y el hermano.

¡La patria sobre todo!...
Su estandarte se arrastra por el lodo,
se desgarran en pedazos;
y la Paz y la Unión lanzando un grito,



la una arroja su oliva marchitada,
la otra desnuda ya, tuerce sus brazos
e interroga, de cara al infinito,
con el fuego de Dios en la mirada!

Pues, entonces, que el Bien se compadezca
de la Patria infeliz; y que aparezca
un Titán en la lucha;
el progreso lo exige,
y si la vil Discordia no le escucha
y hacia el mal se dirige,
si se arma en guerra y a atacar empieza,
que el Titán alce su robusto brazo
y aplaste su cabeza
de un solo martillazo.

Los pueblos son sagrados
y deben ser al bien encaminados.
Y los pueblos comprenden que es preciso
desarrollar los grandes movimientos
a que la suerte conducirlos quiso.
Sus estremecimientos
prueban que hay fuego en ellos,
listo para exaltarlos y encendellos.

¡Centro América espera
que le den su guirnalda y su bandera!

¡Centro América grita
que le duelen sus miembros arrancados,
y aguarda con ardor la hora bendita
de verlos recobrados!

¡Centro América llora
porque tarda esa hora!

Desde el volcán de Fuego
al Cerro de Hule, al Irazú, al Santa Ana,
al Momotombo de la erguida frente,
ha extendido su riego
la fe republicana
en todo corazón grande y valiente.

Todos aman la Unión; todos esperan
ese supremo día;
todos la vida dieran
en lucha con la vil demagogia.
El pecho núbil se dilata ansioso,
la juventud es fuerte,

y espera ahora, el trance venturoso
de encontrar por la Unión gloriosa muerte.

Cierto es que hay almas-sombra sin anhelo
espíritus-reptil, sin esperanza,
que se arrastran infames, por el suelo,
siempre en ruín asechanza.

Bandada de murciélagos que puebla
la noche aterradora,
que aman de corazón a la tiniebla
y que odian a la aurora;
pues aquí los relámpagos divinos,
y cieguen a la turba de asesinos
que a la patria destrozan en la sombra,
envueltos en misterio;
aquí la luz que asombra;
aquí el rojo cauterio
para llagas sociales:
alza la frente altivos, liberales,
que se esparza el fulgor por donde quiera;
el cóndor ya tocó nuestros umbrales;
el hurón, que se vaya a su huronera,
Cantad himnos triunfales.

Así piensan, predicán y desean
los que aguardan la Unión ¡que ellos no vean
seguir reinando desunión impía!
Los retrógrados dicen: ¡Poesía!
y afilando sus zarpas se recrean.
—¿Verdad, Señor, que llegará ese día?

Ya he dicho que hablo en nombre de un
[partido.

Estas notas que oís, él las arranca;
dice que el fuego está bien encendido,
que los nombres ha oído,
de Tacaná, San Lucas, Tierra Blanca.

Y aquí, cabe las ondas del Gran Lago,
de sus auras sintiendo el dulce halago;
aquí, viendo el talante
del Mombacho arrogante,
se tiene fe, se alienta,
y se sabe gritar siempre ¡adelante!
y se halla más vigor en un instante
que nubarrones carga la tormenta.

¡Qué hermoso es ver los ánimos ansiosos
de un delirio febril con los espasmos;
sintiendo los torrentes hervorosos
de vivos entusiasmos!

Soñando en la llegada
de la hora tan ansiada;
oyendo el himno que se canta en coro
al redoblar del atambor sonoro;
viendo de un nuevo día a los reflejos
exaltada la inmensa muchedumbre,
al ver rodar los edificios viejos
a fuerza de una grande pesadumbre.
Y la Unión en su solio;
y elevado un gigante Capitolio!

Los pueblos tienen fe. ¿Quién no desea
la unión de estas naciones:
obra que las eleva y endioseza?
que se apaguen los odios y ambiciones
pues sobre todo, está la gran idea.

Morazán, el guerrero
de brazo formidable,
blandió su limpio acero
por ella; aquel espíritu admirable
que de fuego forjara el Gran Obrero,
halló en vez de su ideal un ideal falso,
y tuvo como premio verdadero...
(Los hombres así son...) ¡tuvo un cadalso!